

Poética 1997

Eduardo Milán

Calar en algo profundamente subjetivo como la poesía es ya aspirar a una objetividad casi cósmica, a una inspiración estelar. Es dedicarse a la protección de las distintas vidas, de los distintos aires, de los distintos nombres más allá de lo personal. A eso se aspira. La no perdida nunca tentación de la antena. Pero hay una especificidad todavía en juego, una inutilidad que salta desde el no importarle a nadie hasta la importancia total, más allá de lo poético. Hay una conciencia de lo perdido que no reclama devolución en el libre juego de las apariciones. Es un saber (porque es un saber) que no pide devolución a las diferentes operaciones de usurpación de los nombres, de secuestro de las elipsis, de sustitución de los vehículos que antes fueron delfines (antes, cuando la antena captaba) y ahora son giros en blanco, sin fondo. El desvalimiento de lo humano queda en claro cuando lo humano intenta, a toda velocidad, recuperarse mono, no ya su mono como si fuera su loco, sino el mono que parodia, mono violeta, crepuscular, caído. La palabra poética, entonces, vuelve a ser un arco tendido entre la tendencia a la totalidad que continúa, hambre en espiral, y la negativa a ser guturable como cuando, no en la caverna, más antiguamente, en la gruta. Por ejemplo: Shakespeare. Todos decimos (los que leemos a Shakespeare): “los poemas de Shakespeare se sostienen solos”. Más aún: “Shakespeare se sostiene solo”. Es tan seguro el dominio doméstico de esa eternidad que preservó y preservará a Shakespeare de cualquier ataque traidor que nos tranquilizamos de inmediato. ¿Pero es tan seguro que se sostendrá Shakespeare al ritmo en que van las cosas? Si no confiamos solamente en la imagen feliz de los sonetos sosteniéndose sin apoyo, leves, sin palenques, aéreos y en equilibrio por la equidad magnética que va de uno a otro dedo de la Gracia, en-

tonces escribir poesía, hoy que casi no hay, es sostener a Shakespeare, al anónimo Shakespeare, a los tantos y cuantos existentes.

La situación de la poesía en el mundo actual es la situación de la poesía en el mundo actual. Estamos enfrentados. Sin embargo, eso nos satisface casi como usar antifaz. El estar arrinconados al límite de la poesía misma puede ser una forma de consuelo para una tarea mítica, heroica, de limitar al mundo según un don de la Divinidad. Lo que no puede ser es una forma más de sobrentendido en el mundo de los sobrentendidos. Enfrentarse a la máscara del sobrentendido: he ahí una tarea para la poesía de ahora. Y enfrentarse, especialmente, al saber que estamos en el entendido de qué.